

Originalidad y representación. El imperativo de un sí mismo colectivo

Originality and Representation. The Need for a Collective Self

Jorge Bracho*

Doctor en Cultura y Artes con orientación en historiografía. Profesor de Historia e Historiografía en UPEL-IPC. Jefe (E) del Departamento de Geografía e Historia. Investigador del Centro de Investigaciones Históricas Mario Briceño I.

Resumen

Al indagar respecto a los razonamientos por medio de los cuales se han desplegado las representaciones acerca de la identidad y cultura latinoamericanas, es posible el encuentro con un conjunto de imágenes, conceptos y situaciones que le han otorgado fisonomía en distintos momentos de la historia. Alrededor de ellas se ha conformado un haz de interconexiones, intercalaciones y superposiciones con las que se ha buscado afianzar la idea de una originalidad, al ser representada por medio de la noción de latinidad, mestizaje, indigenismo o afrodescendencia, vigorizadas con los términos esencia, propio, típico, entre otros. Lo esbozado en el siguiente ensayo se orienta en el examen de algunos juicios, cuyo propósito ha sido el de establecer un núcleo de identificación homogénea al interior de las comunidades nacionales desde su fundación y refundación republicanas.

Palabras clave

Cultura; identidad; Occidente; síntesis; memoria

Abstract

When inquiring into the rationale behind the representations of identity and Latin American culture, it is possible to find a set of images, concepts and situations that have given it shape throughout history. A set of inter-connexions, intercalations and super-positions has arisen by means of latinity, miscegenation, indigenism, or African ancestry seeking to consolidate the idea of originality. These have been strengthened by the terms “essence,” “characteristic, and “typical,” among others. This paper aims to set up a pattern of homogeneous identification within national communities as from their Republican foundation and re-foundation.

Key words

Culture; identity; West; synthesis; memory

* **Correo electrónico:** jorbrac59@gmail.com

Recibido: 04-12-2014

Aprobado: 11-02-2015

...actualmente es difícil saber qué se pretende decir con cultura e identidad. Parte de esa confusión deriva de que ambos términos han sido superpuestos, mencionados a veces como sinónimos intercambiables, lo cual quizás dificulte la enunciación de uno de los interrogantes clave de cualquier proceso social y simbólico: ¿Cuáles son y por dónde se desplazan las fronteras culturales y las identitarias?...

(GRIMSON, 2011, p. 137)

ENTRADA

Es posible asegurar que uno de los componentes fundamentales relacionados con el ámbito cultural y político, al interior del mundo moderno, se asocia con el establecimiento de repúblicas asentadas en una territorialidad específica denominada Estado-nación, cuyo emplazamiento se ha estructurado, históricamente, de acuerdo con teorizaciones desplegadas al efecto. Los principios bajo los cuales ella se estructuró fueron los propios del liberalismo, cuyo margen de actuación transita por lo social, la política y la economía, de modo preeminente. Mi interés estriba en contextualizar el marco de justificación de la denominada identidad, tanto de la nacional como la cultural, aunque ambas se traslapen entre quienes las requieren, apelando al imperativo de un sí mismo colectivo como atributo de lo nacional.

Por otro lado, al interior de formas de gobierno republicanas, el Estado comenzó a jugar un papel fundamental en lo referente a la construcción de pueblos constituidos por ciudadanos. Aunque el término pueblo no muestre un uso único porque su indicación, en especial durante el siglo XIX latinoamericano, derivó de la dimensión política, pueblo se relacionó con espacio territorial, así como con actores políticos y sociales al momento de definición republicana.¹ En este sentido, resulta de imperiosa necesidad acercarnos al mundo del pasado según el uso de

¹ “Siendo pues necesario que Venezuela se gobierne por sí, también lo es que forme un pueblo independiente. A veces se entiende esta voz por el conjunto de habitantes, y en este concepto cualquier lugar, ó aldea puede llamarse *Pueblo*; pero políticamente tomada en sentido lato, Pueblo es ese conjunto de habitantes que forma nación, ó que ejerce la soberanía sin reconocer otro superior que su voluntad quando legítimamente se congrega (...) la voz Pueblo solo comprende á los que teniendo propiedades y residencia se interesan por ellas en la cosa pública, pues los que nada tienen solo desean variaciones ó innovaciones de que puedan sacar algun partido favorable. En una República ó Reyno bien organizado son los propietarios los que componen el Pueblo soberano” (Sanz, 1959). (Cursiva en el original).

conceptos, palabras, términos aun de amplio uso, tanto al interior de reflexiones alrededor del espacio cultural como político. Si la idea de *soberanía del pueblo* se ha asociado, puntualmente, con un tipo de mediación entre un gobernante y una comunidad política, otras utilizaciones como, por ejemplo, alma nacional, esencia nacional, espíritu nacional, carácter nacional, identidad nacional, parecieran referir disposiciones únicamente culturales.

Sin embargo, se debe tener en cuenta que con el desenvolvimiento de las naciones, desde el siglo XIX se puede apreciar la fuerte y constante combinación de lo relacionado con el ámbito cultural y político, en aras de su explicitación y representación. Con lo tratado en las líneas que siguen, intento acercarme a una de las disposiciones fundamentales del trazado liberal, es decir, la búsqueda de la unanimidad, acuerdo y similitud con el cual se fue estructurando la idea de lo *propio* de una nación. No trato de imponer una forma de mirar, al contrario, invito a otra manera de mirar el devenir y el discurrir. Estoy convencido de que las vivencias de lo nacional se encuentran estrechamente relacionadas con el provecho por demostrar una originalidad, cuya vía de explicitación se conduce bajo la tutela de configuraciones y representaciones culturales. Siendo así, símbolos, ritos, mitos se intercalan por la vía historiográfica y narrativa, con lo que un tipo de representación cultural-política se hace hegemónico.

En consecuencia, resulta prominente volver la mirada a elaboraciones teóricas, especialmente estructuradas en tiempos coloniales y republicanos, para apreciar cómo lo que denominamos lo nuestro, nuestras raíces, lo propio o esencia, se encuadran en molduras teóricas y políticas, las cuales nos muestran usos reduplicados, es decir, duplicaciones de duplicaciones o mimesis de la tradición política occidental. La rememoración de esto último lo hago con el firme propósito de disponer de otra manera de observar, asumir, enfrentar, palabras como propio, raíz, nuestro. Ello no significa claudicar ante una realidad en que el espacio cultural, lejos de mostrar alejamientos entre actores sociales que hacen vida en territorialidades distintas, muestra afinidades más allá de propuestas políticas actuales. Así, pues, cabalgo sobre un tipo de historia de las mentalidades, al interior de la cual lo conceptual me sirve de justificación para la argumentación que ofrezco en esta oportunidad.

En definitiva, debo decir que apegado a la norma historiográfica, muestro dentro de lo posible argumentaciones alrededor de la búsqueda de una originalidad, por la vía de una manera de representar, sin distanciarme de una temporalidad o secuencia, no necesariamente ascendente, porque la construcción de subjetividades

nacionales o un yo colectivo se expresa a lo largo de la edificación republicana, aunque hoy se prefiera el uso de patria sobre el de nación. En este orden, es necesario recalcar que estructuro mis argumentaciones dentro del ámbito occidental, espacio cultural a partir del cual se han reduplicado razonamientos al interior de unidades territoriales poscoloniales con las que han combatido a las *sociedades progenitoras*, y se han encaminado a constituirse en naciones como búsqueda del progreso, la unanimidad, la armonía, la fraternidad, apreciada en ellas, a la vez de distanciarse por medio de un convencimiento amparado en una o distintas formas de originalidad, especificidad o atributos hoy denominados identidad o soberanía, de lo que se asume ideológicamente como extraño, al ser leído en tanto imposición imperial o exigencias de corporaciones económicas.

Por tanto, intento una aproximación más allá de un seguimiento lineal de un concepto. Si el propósito fundamental de estas líneas se concatena con la identidad y sus inherencias, es necesario relacionar lo que otros conceptos la prefiguran. Por ello analizo lo relacionado con las ideas de latinidad, mestizaje, nación, cultura, de manera especial porque lo que se conoce bajo la denominación identidad se encuentra estrechamente vinculada con ellas. Por otra parte, al asumir una mirada distinta, a lo que la historia de las ideas nos ofrece, resulta importante estudiar el devenir bajo el concepto de requerimiento y, por ende, de mimetizaciones conceptuales que se colman de significados diversos a la luz de conflictos políticos y culturales. Por tal motivo, al recurrir a lo que hoy se denomina identidad de comunidades nacionales, es preciso ensayar contigüidades conceptuales en la que ella le es inherente. La interrogante que se planteó Grimson (2011) no significa error de uso conceptual, porque indica que la trasposición de cultura con identidad y, viceversa, encuentra asidero en el plano teórico y en el político. Teórico por el requerimiento de síntesis. Político por la asunción de valores culturales de diferenciación frente a un *otro*, que para ser tal deba argumentarse la diferencia desde la esfera cultural.

LA BÚSQUEDA. OCCIDENTE. LATINIDAD

Durante una fracción del siglo XVIII el Nuevo Mundo no fue reconocido, en líneas trazadas por algunos letrados europeos, bajo condiciones históricas de civilización. Serían los jesuitas, expulsados durante 1767 por parte de la Corona española de sus dominios y a la luz de las reformas borbónicas, quienes, desde el ámbito europeo, se encargarían de desmentir las argumentaciones provenientes

de las plumas de algunos ilustrados, los que difundieron la idea de una América exótica, misteriosa y devoradora de hombres. Los debates suscitados en este orden, en gran parte del siglo XIX, transitaron por estas elucubraciones, tiempo durante el cual la modernidad modelada, especialmente francesa, sirvió de cartabón para desarrollar sociedades civilizadas. Para ello se apeló a elaboraciones teóricas sustentadas en la idea de progreso, evolución, modernización, orden y la propia de civilización, que les sirvió de moldura. A lo largo del siglo XX el término civilización en América Latina confluía con los propios de raza y cultura, y no solo con un estadio o etapa de evolución, porque se tenía en cuenta la existencia de distintas civilizaciones. Sin embargo, el término se reduplicaría al interior de cada uno los espacios territoriales para con ello establecer marcos de diferenciación entre grupos étnicos que hacían vida en ellos en la América Latina, mediante la asunción de la dupla civilización-barbarie.²

El gran interés, en términos culturales, que despertó la necesidad de encontrar la *esencia* de Latinoamérica durante el siglo XX, tuvo un hito en la obra redactada por el uruguayo José Enrique Rodó, *Ariel* (1899), en la que su autor reclamaba la latinidad como trasfondo occidental de la América hispana. Además de su impacto entre las elites letradas del momento, es de gran trascendencia reconocer cómo, en medio de conflictos transnacionales, se continuaron intentos de sintetizar hábitos, costumbres, tradiciones comunes sin restar importancia a la realidad de las naciones y repúblicas fundadas en el siglo XIX. Es decir, se puede hablar de una reubicación en el espacio cultural occidental, en cuanto origen común y por medio de la idea de latinidad, lo que nos conduce, necesariamente, a situarnos ante lo que Estados Unidos de Norteamérica ofrecía en cuanto a mirada ambivalente. Ambivalente, por el modelo de progreso alcanzado frente a una América Latina postrada en conflictos alrededor del Estado y sus redes clientelares, así como por sus afanes expansionistas e intervencionistas en Latinoamérica. Sin duda, entre estas acciones y los referentes civilizatorios europeos se forjaron representaciones

² La obra, titulada *Facundo*, redactada por el argentino Domingo Faustino Sarmiento durante 1845, se tiene como la mayor demostración del conflicto representado acerca de la oposición barbarie-civilización; de hecho, su título inicial, cuando apareció por entregas en el diario *El Progreso* de Santiago de Chile, se tituló *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*. Aunque se debe agregar que el centro de su argumentación se focalizó en la lucha entre los antiguos dueños de la tierra y la nueva burguesía comercial, cuyas riquezas se consolidaron a la luz del capital inglés. El canon ha asociado la tercera novela del venezolano Rómulo Gallegos publicada en 1929, *Doña Bárbara*, como seguidora de las tesis de Sarmiento. Es cierto que Gallegos reduplica la dupla civilización-barbarie pero en un sentido evolutivo, mientras Sarmiento quedó atrapado en el reduccionismo romántico (véase Marinone, 2006).

acerca de la América Latina, se puede decir, moldeadas a la luz de la inconformidad, la que surgió junto con el balance de las situaciones experimentadas luego de las independencias y las expectativas que se forjaron bajo los conceptos de orden, progreso y civilización.

Un punto de conexión con esta disposición se ubicó en Europa, especialmente en Francia. Si bien la vuelta hacia la España conquistadora no dejó de estar presente en las narrativas tramadas en los tiempos de la modernización latinoamericana, a principios del siglo xx, sin duda, se trató de un intento por definir el legado cultural y el carácter nacional hispanoamericano. La conmemoración hacia España como *madre patria* y fuente originaria o sociedad progenitora, se presentó a raíz de acontecimientos político-militares protagonizados por Estados Unidos de Norteamérica. Lo acaecido alrededor de Cuba, Puerto Rico y Filipinas en 1898, el desmembramiento de Colombia y la emergencia de Panamá en 1903, dieron la campanada de alerta ante los vaticinios del Destino Manifiesto ya abiertamente esbozado en la Doctrina Monroe de 1823. La expectante y ambivalente mirada hacia el progreso del coloso del Norte se revirtió en los temores expansionistas y crematísticos, los que se mostraron de manera más tajante frente a lo sufrido por México durante la primera mitad del siglo xix, momento durante el cual le arrancaron, en una corta guerra, algo más de la mitad de su territorio.³

Sin embargo, con las propuestas del denominado *ariélismo*, se configuró la representación de una América Latina bajo el influjo de Occidente. A fines del siglo xix la idea de latinidad se había afianzado no solo por el nombre asumido dentro de esta porción territorial, especialmente en su último tercio, sino por el modelo republicano liberal con el que se fundamentó la estructuración estatal, la civilidad y socialidad modernas. Diversas narrativas tanto de ficción como documentales se dieron a la tarea de configurar la noción del *ser* latinoamericano, cuya definición prístina se precisó en la latinidad, por el momento, y cuyo mejor ejemplo fue el ensayo de Rodó, denominado *Ariel*, moldeado dentro de lo que se ha denominado modernismo latinoamericano.⁴ Rodó lo concibió a modo de

³ En 1835 un grupo de colonos angloamericanos declararon a Texas como territorio independiente de México, aunque tropas comandadas por Antonio López de Santa Anna repelieron la acción en 1836. Durante 1845 el problema de Texas continuaba. Estados Unidos de Norteamérica le declaró la guerra a México en abril del año siguiente. La guerra culminó en febrero de 1848, cuando se firmó un tratado de paz que cedía a Estados Unidos la mitad del territorio mexicano.

⁴ Bajo la denominación “ariélismo” se designa el impacto que tuvo la obra del uruguayo José Enrique Rodó, *Ariel* (1900), entre grupos letrados hispanoamericanos y europeos en el transcurso de los primeros treinta

sermón, siendo catedrático interino de literatura en la Universidad de Montevideo, y cuya importancia hoy fue el de haber definido los caracteres latinos de un espacio territorial frente a la cultura anglosajona. Si el mencionado ensayo sirvió de referente cultural entre elites letradas del momento, durante los primeros años del siglo xx se reduplicaría otro concepto, cuyo uso en tiempos coloniales se restringió a una división de castas, como lo fue el de mestizaje.

Conjuntamente con la Revolución Mexicana (1910), la idea de mestizaje se haría dominante al interior de las narrativas que intentaron ofrecer una definición cultural del orbe. Aunque en el siglo anterior la figura del mestizo había recobrado importancia en México, durante el mandato de Benito Juárez, en Bolivia, a inicios del siglo xx, Franz Tamayo se encargaría de ofrecer el mestizaje como la imagen cultural de esta nación. Las figuras emblemáticas, en el transcurso de los años veinte de 1900, en relación con el mestizo como impronta identitaria, fueron las del mexicano José Vasconcelos y del argentino Ricardo Rojas, quienes por medio de sus relatos ofrecieron las denominaciones de *raza cósmica* y de *eurindia*, respectivamente. Ahora, con la asunción del mestizaje se juntaron el nacionalismo, el relativismo cultural, antipositivismo, el antisajonismo y el antiimperialismo. Lo que indica que en respuesta a las tesis indigenistas, en especial las provenientes de Perú y México, y las afroamericanas, cuyo origen se remontan al Caribe francés e inglés, y desde Brasil, la idea de mestizaje fue reduplicada para confrontarlas. Se habló de mestizaje con base en la etnicidad, así como que se extendió la utilización de mestizaje cultural para hacer referencia al principal rasgo de la vida americana. Rasgo que, en palabras de Arturo Uslar Pietri (1986), no se había concretado desde sus comienzos durante el siglo xvi. Al hacer alusión al carácter excepcional de la América hispana, como integrante de la *mutación occidental*, así como de las potencialidades a ella inherentes, subrayó que por medio del mestizaje cultural se debía buscar la auténtica identidad de esta porción del globo terráqueo. Así: "... Es en esta condición donde hay que buscar la verdadera identidad y las posibilidades de todo género ante el presente y el futuro" (p. 42).

años del siglo xx. Su mayor difusión se presentó junto con la Reforma de Córdoba, en 1918. "... *Ariel* es un manifiesto antiutilitarista que apunta a la cultura, a la razón y al sentimiento por sobre un 'canibalismo' positivista y norteamericano que achataría los seres humanos... se trata de la formulación de un modelo identitario de reivindicación, defensa e incluso exaltación de la manera propia de ser, la latina, por valores, la idiosincrasia, cultura y etnia, diversa de la defendida por la generación finisecular que se definía por la 'nordomanía', identificación con un modelo extraño" (Devés Valdés, 2000, p. 29; cursiva en el original).

Quizá la idea-fuerza que fortaleciera la noción de mestizaje, en cuanto definidor cultural del continente, se debió al concepto propuesto por el cubano Fernando Ortiz en 1941, denominado transculturación. Con este su mentor pretendió desdibujar las percepciones basadas en la destrucción y asimilación culturales de amplia difusión en los predios académicos en el transcurso del siglo xx, en proporción a la situación cultural latinoamericana. De este modo, la lengua asumida en la América española sirvió de marco para caracterizarla. Mientras Núñez (1986) sostendría que a través del lenguaje sería posible rastrear signos y significados de identidad, porque en la lengua de los conquistadores habría de expresarse la *raza americana*, Picón Salas sostendría que la lengua heredada del colonialismo ibérico ayudaría a revelar sus secretos en el desenvolvimiento hispanoamericano.

... Está envuelto en el misterio semántico de nuestro castellano criollo, mulato e indígena, absorbedor de nuevas esencias y forjador de palabras, ese castellano de los “americanismos” en que se han grabado las vivencias y las metáforas del aborigen en la lengua importada y del español en un mundo distinto; se expresa en música, ritos, fiestas y danzas...por eso contra el hispanismo jactancioso y contra el indigenismo que quería volver a la prehistoria, la síntesis de América es la definitiva conciliación mestiza (Picón Salas, 1994, pp. 49-50).

En conexión con lo señalado, José María Arguedas (1973), mayormente conocido como novelista, redactó un conjunto de ensayos etnológicos y antropológicos hacia los años sesenta de 1900, en los que el mestizo ocupó un lugar destacado. Pensó el mestizaje como un movimiento dinámico y dialéctico, que lejos de debilitar a los pueblos originarios del Perú saldrían más bien fortalecidos con la transculturación, cuyos inicios datan de la conquista, colonización y evangelización ibéricas. Se puede asegurar que los intentos de aprehensión de una dinámica social, cultural, política y económica se han trazado por la vía de la verbalización o conceptualización. La textura fundamental de ella se ha basado en la búsqueda de una especie de núcleo dinamizador o definidor de un conjunto de repúblicas, cuyo origen, a partir de la sociedad progenitora, fue colonial. Repúblicas que se vieron vigorizadas con conceptualizaciones nacidas como parte de la oferta y demanda de ideas entre letrados y académicos latinoamericanos.

Tanto la idea de latinidad como la de mestizaje representan los intentos por definir la *identidad* latinoamericana. Por ello se apeló a un origen común, el de la España como *madre patria*, al lado de un desenvolvimiento subsumido en la senda occidental. Es probable, en consecuencia, hablar de un “otro Occidente”, que alcanzó su definición primigenia con la potencia conquistadora desde el siglo

xvi. Con la visión cultural del mestizaje se avino la propia de campesino y la de llanero, al menos en Venezuela. Sin lugar a dudas, estos intentos de definición cultural se hallan circunscritos en la filosofía occidental, en la que abrevaron letrados, publicistas, intelectuales y académicos latinoamericanos. La ontología del ser o problema del ser en Occidente se ha contextualizado en la disimilitud y la semejanza, la identidad y la desidentidad, lo propio y lo ajeno. La tipología o tipologías construidas bajo esta tesitura han pensado la identidad en tanto fenómeno idéntico a sí mismo. Sin embargo, la idea acerca de la identidad no deja de despertar perplejidad y suspicacia, porque su extensión existencial se ha propiciado mediante mecanismos ideológicos. Mecanismos que sugieren una textura política, inicialmente. En palabras de Ricoeur (2004), corresponde hablar de fragilidad de la identidad en este orden de ideas.

La identidad es frágil en la medida en que se asocie con memoria, porque esta implica olvido, constreñimiento, obligación, ideología. Al tener asociación con “sí mismo” o “idéntico a sí”, la noción de identidad chocaría con el tiempo y su devenir. Lo que conduce a la interrogante: ¿Cómo se mantendría la identidad a lo largo del tiempo, de por sí cambiante? Pues, con la memoria histórica en que evaluación del presente y proyección de un futuro se combinan, para así nutrir la idea de identidad. Con esta sumatoria se propicia su reestructuración o reelaboración a la que se adhieren narrativas según disputas políticas. Otra connotación de esta fragilidad tiene que ver con la alteridad y la relación con un *otro*, así como los referentes que se suelen extender en aras de fortalecer la imagen de lo *propio* o típico. Por último, Ricoeur (2004) asienta que uno de los tópicos de mayor prominencia respecto a la identidad y la memoria histórica se ha afianzado con la herencia de la violencia, al ser destacado la heroicidad y las acciones bélicas con las que se fundó la nacionalidad moderna.

La idea moderna de identidad que alcanzó un estatus dominante, en la segunda mitad de 1900, se encuentra indefectiblemente estrechada con esta disposición que, como se ve, no se restringe a una sola realidad territorial al ser asumida y escogida por elites políticas e intelectuales. Elites que invocan tradiciones culturales y situaciones políticas con las que justifican el poder y legitiman el orden al que sirven. Académicamente, se ha adjudicado el acuñamiento de la palabra identidad, tal cual la conocemos en la actualidad, al antropólogo Claude Lévi-Strauss (2000), para quien la identidad hacía referencia a situaciones más virtuales que reales. Con esto no buscaba señalar un carácter supuestamente apócrifo, más bien apuntaba al hecho de que aquel término, por ser una construcción social, podía experimentar

cambios en su contenido a lo largo de la historia. Así, la noción de identidad fue convertida en un fundamento esencial de las comunidades nacionales. Un elemento básico que comenzó a adquirir fisonomía, especialmente con el nacionalismo económico, representado en la Cepal, fue el de la lucha contra el neocolonialismo y la inherente dependencia desde él inducida. Dependencia que no solo se leyó en contigüidad con la dimensión económica, sino que se extendió al campo cultural. Todo indica que el uso del término identidad se propaló con las teorías de la dependencia, la idea de eurocentrismo y las concepciones acerca de la alienación.⁵

Lo que se conoce bajo la denominación de ideología ha servido de base sustancial para superar lo que Ricoeur (2004, 2006) designó como fragilidad de la identidad. Los usos de la ideología sirven para legitimar todo poder establecido al añadir una plusvalía a nuestras creencias espontáneas. De este modo, entra en juego un tipo de narrativa en que "... relatos de fundación, relatos de gloria y de humillación alimentan el discurso de adulación y del miedo..." (Ricoeur, 2004, p. 116), lo que se induce a memorizar forma parte de un desenvolvimiento histórico en que algunos acontecimientos se despliegan, en función de crear la imagen y sensación de identidad común. Se puede agregar, por ende, que la idea de identidad no posee una naturaleza específica, pero sí un uso, el cual se apuntala con un excedente, agregado o plusvalor, a las creencias espontáneas de la gente. Por su intermedio se lisonjea a las masas, pueblos o ciudadanos con vistas a mantener un orden político determinado, del que tampoco es ajeno el miedo inducido desde los aparatos ideológicos al servicio de una idea política (Robin, 2009).

En consecuencia, tanto la identidad nacional como la cultural indicarían una serie de jalonamientos, los cuales son ofrecidos por elites letradas con el firme propósito de crear una pauta de cohesión y funcionalidad social. Al interior del Occidente modelado o modo de reduplicación y mimesis occidental, es posible avenir que con Johann Gottfried Herder se comenzaría a ofrecer una percepción de las naciones en estrecha relación con atributos orgánicos, porque él pensó que

⁵ En el transcurso de los años ochenta del siglo xx, en Venezuela apareció un conjunto de textos en que el problema de la identidad fue argumentado desde distintos planos epistemológicos y políticos. Fue un período cuando se asumió la concepción materialista de la historia al interior de los recintos universitarios, junto con el funcionalismo de Parsons, el estructuralismo antropológico, bajo la influencia de las teorías de la dependencia. La característica más resaltante de los estudios trazados bajo estas concepciones de la vida humana fue el haber integrado lo cultural, lo político, lo social, lo económico en la concepción de identidad nacional propuesta, con énfasis en la dependencia histórica de Venezuela de Estados Unidos de Norteamérica. A manera de ejemplo, véase Mosonyi (1982) y Montero (1997).

estos les otorgaban un carácter excepcional a las comunidades nacionales. Con la noción de *carácter nacional* este filósofo prusiano, discípulo de Kant, dejó como heredad la existencia de un conjunto de propiedades históricas, las que, según su avenimiento, caracterizaban toda comunidad humana. Estas cualidades fueron pensadas según las condiciones climáticas que concitaban las acciones humanas. Al momento de desarrollar sus reflexiones, Occidente aun se encontraba a la luz del antiguo régimen biológico, es decir, la dependencia a las condiciones naturales sobre técnicas y tecnologías desarrolladas luego con la revolución industrial. Por tanto, alma nacional, espíritu del pueblo, carácter nacional, se estuvieron leyendo en clave naturalista, no tanto en términos deterministas absolutos, sino como determinantes primordiales.

Conforme a lo apuntado, por actuar al interior de un sistema-mundo no debe causar mayor amañamiento el que la idea de carácter nacional se utilizase universalmente, tal como sucedió en Venezuela con las narrativas tramadas por Andrés Bello y Rafael María Baralt, quienes reclamaron a España su escaso aporte cultural en sus provincias de ultramar. Uno y otro pensaron en la debilidad del llamado *carácter nacional* heredado de la Corona española. La noción de carácter nacional que estos letrados venezolanos emplearon, remitía a la dimensión cultural en su vertiente normativa. Por ello insistieron en lo imperioso de la instrucción y la educación, así como un mayor nutrimento de las versiones del pensamiento occidental.

Durante gran parte del siglo XIX la representación carácter nacional sirvió de base para la caracterización de las distintas comunidades nacionales que buscaron afianzar los Estados modernos en el Nuevo Mundo. El pensar dominante llevó a creer que muchas situaciones, ambientadas hoy en el espacio cultural, trababan todo cambio hacia la civilización y, por mampuesto, la articulación nacional. El requerimiento narrativo se exteriorizó de acuerdo con la necesidad de un orden anhelado, el Estado-nación. La conjugación de estos términos se mostró gracias al principio de las nacionalidades, el que tuvo como lectura un pacto político entre un grupo étnico que logró hacerse hegemónico bajo los principios del liberalismo. La *esencia* de las naciones se creyó gravitaba en una herencia de sangre y cualidades históricas supeditadas al espacio natural. Desde entonces la idea de cultura e identidad se creen como parte de lo propio y la raíz. Sin embargo, no se debe olvidar que el contenido y la difusión de la palabra identidad son propios del siglo XX.

CONSTRUCCIÓN DE UN YO COLECTIVO

La palabra identidad adquirió notoriedad durante la segunda mitad de 1900. Los aspectos históricamente asociados con ella refieren un haz de situaciones, procesos, cualidades, atributos y características que se asumen únicos y no compartidos. Siendo así, se puede intentar una suerte de ordenación que permita apreciar lo que este término connota, de acuerdo con el uso que se ha hecho del mismo, a lo que cabría agregar que cada disciplina de las ciencias sociales que la reduplican la subsumen en situaciones distintas, aunque la característica fundamental de su utilización se encuentra a la par de cumplir con una exigencia del canon. Exigencia que se acota con el establecimiento de totalidades y síntesis, tal cual se aprecia en los estudios acerca del *ser de los pueblos* o la *esencia* que los caracteriza.

Una de las asociaciones más prominentes de la palabra identidad se aprecia en el establecimiento de atributos, peculiaridades, especificidades que, a primera vista, no pareciera haber sido objeto de ninguna alteración a lo largo de la historia. En este orden, si se reconoce algo diferente a lo considerado *propio* se recurre a la frase: “pérdida de identidad”. Inicialmente, se debe añadir a este respecto, que esa supuesta carencia es asumida en tanto *desviación* de una sustancia, raíz o esencia, las cuales se adjudican como lo *propio* de cada escala territorial. En segundo término, aquella frase pareciera indicar una falta de compromiso político o social. En tercer lugar, se pudiera asociar con la ausencia de concienciación o conocimiento de tradiciones y costumbres asumidas como nacionales. En rigor, este trío de conexiones permiten asegurar que la denominada identidad se ampara en concomitancia con una originalidad, en la medida en que se cree como expresión de una disposición ancestral, una forma de ser única y caracterización invariable. De ahí que, y en cuarto lugar, ella deba relacionarse indefectiblemente con posturas reactivas y defensivas, por momentos irreflexivas, compulsivas, no críticas, tal cual ha sucedido con el nacionalismo.

Uno de los elementos de gran envergadura y con el que se busca apuntalar una originalidad, cabalga sobre lo que al interior de la antropología y la arqueología se intercala con el término herencia cultural. En términos generales, este refiere legado cultural porque le son inherentes procesos, elaboraciones, realizaciones que cada generación vive como experiencia histórica, con lo que es dable pensar que la cultura haría referencia a un hacer constante, de bienes simbólicos y no simbólicos, que se experimenta de manera inevitable e inconsciente. Configuración que nos permitiría dilucidar que lo que conocemos bajo la denominación identidad connota

una porción de un legado; práctica que debe concatenarse con dispositivos a partir de los cuales se proponen los contenidos de un patrimonio cultural. Se debe tener en cuenta que el carácter de virtualidad que acompaña a la noción de identidad apunta a su carácter histórico, a su reelaboración constante. Al igual que la palabra cultura o los asuntos intrínsecos a ella, son resultado de una conformación social. La gran diferencia estriba en que lo asumido como identidad debe ser leído en consonancia con elites políticas, sociales y culturales. Ello porque uno de los aspectos fundamentales con los cuales se crean situaciones de afinidad, con vistas a un vínculo social, se relaciona con la memoria histórica y, por ende, con los dispositivos desplegados en pos de otras concreciones históricas, potenciadas con personajes, actos, situaciones diferentes alrededor de elites políticas en pugna, que más que diferenciarse en términos de teoría política lo hacen revitalizando la memoria histórica.⁶

Sin duda, las reacciones ante lo considerado ajeno y extranjerizante forman parte de conflictos al interior de la esfera cultural, las que se nutren de enfrentamientos frente a los centros de poder mundial, Estados Unidos de Norteamérica y Europa. La ideología, no como falsa conciencia sino como un agregado, excedente o plusvalía, sirve de perfil para la recreación de la imagen y representación de un *otro*. El requerimiento de identidad o desligamiento de la fragilidad a ella inherente, transita por la revivificación de los muertos y las ideas que se suponen guiaron sus acciones. Ha sido una constante de las dimensiones cultural y política la de encontrar enlaces originarios, entre actores sociales que se asumen ungidos por la historia a la que suelen “leer” como expresión de una necesidad que solo ellos pueden cubrir. De esta manera se generalizan dispositivos técnicos y tecnológicos en que se suman asuntos de distinta procedencia temporal para lograr legitimidad.

Por otra parte, lo que se designa identidad política concuerda con valores culturales al requerir de referentes los proyectos políticos. Llamados a la nación,

⁶ Desde 1998 en Venezuela se viene desarrollando un proyecto político, cuya figura principal se ha conformado en torno a Bolívar, junto con Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora (el Árbol de las Tres Raíces, cuya utilización primera se presentó con el MBR-200). Los “nuevos referentes” de identificación se han configurado al lado de la creación de dependencias gubernamentales con los cuales nutrir la memoria, ahora con el pueblo llano excluido de la historiografía venezolana conocida. La creación del Centro Nacional de Historia (2007), el cambio realizado a los símbolos patrios, la profanación de la tumba del Libertador (2010), el inicio de la historia por la libertad ante el capitalismo, refrendada con los aniversarios alrededor de los sucesos de 1989 (el Caracazo), son muestra evidente de cómo se va configurando otra manera de ver la historia, amén del uso de fechas patrias, con el firme propósito de crear identificaciones en torno a un proyecto político. El uso excesivo de conmemoraciones, aniversarios, desfiles, forman parte de lo que Todorov (2013) ha denominado abuso de la memoria.

los ciudadanos o el pueblo radican en referentes de cohesión grupal no necesariamente incluyentes, respecto a los diversos grupos que hacen vida en las comunidades nacionales, porque la dinámica que les da cuerpo forma parte de intereses diversos. Por tanto, no es posible asociar referentes culturales, políticos, sociales con algo fijo, invariable, al depender nuestra existencia de ellos. Son intereses particulares que nos conducen por la adhesión a lo que cultural y políticamente se ha extendido. Nuestras adscripciones confluyen con creencias, gustos o fobias, así como que reconocemos o desconocemos en dependencia con estas inclinaciones.

Generalmente se suele asumir el espacio cultural como una dimensión de encuentro fraterno. Sin embargo, el mismo uso de la palabra identidad, especialmente cuando aparece hermanada con atributos, desdice su supuesto carácter de avenimiento. Ello porque al cabo de un tiempo se ha afianzado la idea en torno a la cual el compromiso nacionalista transita por la aprehensión de una identidad nacional. Digo *una* con todo propósito, porque lo que con ella se difunde responde a intereses en disputa, al interior de los cuales se realzan ideas, imágenes, representaciones, con el firme propósito de crear afinidad, simultaneidad, vínculos, en que, según el orden jerárquico social, se difundirán configuraciones frente o en desmedro de otras. Una orientación básica, para el caso venezolano, se ha presentado respecto a civilismo o militarismo, civiles o pretorianos. Por más que estas disposiciones solo se vinculen con el ámbito político, las necesarias argumentaciones a su alrededor forman parte del espacio cultural. En consecuencia, no debe caber duda respecto a la historia patria en la que las acciones bélicas se superponen a las propias de la civilidad.

Al amparo de este orden de ideas, el mito originario alrededor de la república se ha matizado con la figura heroica. La misma forma parte de un culto al héroe, para nuestro caso: Simón Bolívar. Por lo tanto, es viable admitir que la denominada identidad nacional venezolana se ha figurado con los símbolos patrios, la representación heroica y la independencia ante la Corona española. Ella se ha explicitado con lo estampado en los billetes, monedas, el escudo nacional, junto con los ritos de iniciación escolar (léase: izar la bandera, cantar el himno, etc.). En fin, la identidad hermanada con lo nacional denota una fuerte inclinación cultural en que imagen, símbolos, ideaciones se mezclan con mitos y ritos cuya práctica se circunscribe con elites intelectuales conectadas a proyectos políticos.⁷

⁷ Un válido ejemplo, en este sentido, se puede recordar respecto a lo que se adujo, hacia 1950, cuando se propuso declarar el araguaney como árbol nacional. Fue bajo las circunstancias del militarismo, de nuevo en

Lo esbozado constituye un pacto temible (Ricoeur, 2004), al sumársele lo que da cuerpo a la memoria histórica. Esta se va fraguando a lo largo de la vida infantil por medio de la aprehensión de habilidades y destrezas, situaciones y personajes, fechas y eventos, los cuales tienen la cualidad de la disponibilidad. En ciertas circunstancias son constreñidas para que afloren, sobre todo, por la vía de celebraciones y conmemoraciones como parte de rituales propios de una comunidad nacional. En consecuencia, es posible asegurar que la historia, especialmente política, ha venido cumpliendo, en el transcurso del mundo moderno, un papel crucial en lo atinente al ensanchamiento de la identidad nacional.

Esta última denominación tiene que ver con los principios políticos consustanciados con los orígenes de la nacionalidad. Sus cimientos o aspectos fundamentales se explicitan con la memoria histórica. A ello se debe sumar tanto los ritos de iniciación nacionalista, como los desfiles patrios, conmemoraciones o celebraciones en torno a las fechas patrias. El carácter de estas prácticas es continuo, constante y reiterativo. Si la identidad se visualiza solo por medio de estas circunstancias, es posible avenirnos en cuanto a que el alejamiento de ellas sugeriría falta de compromiso o pérdida de un tipo de identidad. Sin embargo, si asociamos esta última con pérdida, más bien se estaría hablando de la memoria, es decir, el olvido. Quienes se adhirieron a la concepción materialista de la historia en su versión natural-evolucionista, han conservado a lo interno de su mapa mental que al ser la existencia real un escenario de lucha constante, la estructuración de un yo colectivo conlleva inevitablemente la lucha de clases. Efectivamente, “El desarrollo de la conciencia histórica sobre la cultura de los pueblos es un compromiso que está fuertemente ligado a la defensa de la herencia histórica, de la identidad nacional, de la soberanía de los pueblos...” (Vargas y Sanoja, 1993, p. 35). Disposición que nos muestra la hermandad de la memoria y el compromiso político no tanto como lo existente, sino en conexión de construir nación, al lado del convencimiento

el poder del Estado, luego del golpe contra el escritor Rómulo Gallegos, en 1948. Un crítico de esta elección propuso el samán como el árbol con mayores pergaminos, frente a aquel, para representar la venezolanidad. Una porción de su reflexión fue como sigue: “...El ideal del ‘olvido histórico’ se realiza plenamente en nuestro país. Se desdeña o ignora la experiencia, el trabajo acumulado de las generaciones. Debido a este olvido comenzó a buscarse un símbolo en el mundo vegetal (...) El araguaney es un bello árbol. No cabe duda... el árbol de vera, el apamate, el bucare, el cedro, el ceibo, el caucho, pueden reclamar iguales derechos (...) en nuestros días el araguaney es elegido árbol nacional. No hay ciertamente un araguaney que como el samán pueda invocar tantos legítimos títulos... Del de Güere dice Codazzi, que a su sombra podía reposar fácilmente un batallón en columna. En torno suyo celebraba sus ritos los indios libres. Ha presenciado el comienzo y el fin de un ciclo histórico... El samán es nuestro árbol sagrado” (Núñez, 1963, pp. 152 y 154).

acerca de la pervivencia de una identidad nacional como fundamento de proyectos políticos en que ese rescate formaría parte de un legado anulado, temporalmente, por la presencia imperial, foránea.

LAS VARIACIONES

Por lo visto, lo que la palabra identidad parece sugerir se concatena con la búsqueda de un sí mismo originario al lado de la construcción de un yo colectivo. Para ello se ha explayado un conjunto de dispositivos, cuyo horizonte es el de arraigar la idea de un origen. Origen que intenta romper con todo carácter de orfandad. De ahí que se recurra, reiteradamente, a los hijos del pueblo, la patria, Bolívar, Chávez, entre nosotros. Con todo, frente a esta disposición se hacen llamados al compromiso, la autoconciencia y una originalidad, mimetizada hoy como soberanía. Sin dudas, a lo interno de estos llamamientos, elementos culturales ayudan a delimitar y afinar un proyecto político, en que la estructuración de un yo colectivo se justifica como algo históricamente existente, aunque represado por la injerencia ajena, extranjera, tal cual ha sucedido con la imagen del indio en la América Latina. Imagen que ha servido para mostrar posibilidades truncadas (como parte de una visión de la historia, contextualizada en evolución y ascensión, propia de los eurocéntricos antieurocéntricos), con las que se sustentan reflexiones basadas en la lucha de clases, mientras el espacio cultural funge como mecanismo justificador de diferencias. También sirven de marco a agrupaciones culturales que dicen estar al servicio de la dignificación del indio. Se trata más bien de utilizar una historia de humillación para sacar provecho en la actualidad, tal cual sucede con quienes se adscriben en la corriente de los afrodescendientes.

De esta manera, el pacto se va nutriendo de aspectos, situaciones, que le dan cuerpo según intereses en forcejeo. En ellos se juntan referentes de nueva y vieja data como, por ejemplo, el enfrentamiento contra el denominado eurocentrismo (léase: Estados Unidos de Norteamérica y Europa, en especial, España). Aunque apelo a este término como referencia a algunas posturas que se estructuraron en América Latina durante el siglo xx, del mismo modo la requeriré para hacer referencia al siglo xix. Creo posible establecer una genealogía, en la medida en que la recurrencia a mestizaje, latinidad, espíritu nacional, identidad, permitan perfilarla. En tanto, mi intención cabalga sobre lo que ha significado la constitución de una república, un pueblo, una nación o, en todo caso, una territorialidad, que se ha precisado según caracteres específicos a lo largo de la historia, orientados en su

proyección y conformación futura, cuyo sustento se ha argumentado por la senda de la figuración, configuración y representación.

Lo que se denomina identidad cultural gravita sobre otros horizontes, sin estar ajenos de la identidad nacional. En términos generales, se pudiera acordar en un avenimiento respecto al contenido de ambas *identidades*. Así, resulta de gran importancia rememorar las históricas referencias al ámbito cultural, a las que se ha recurrido no solo para caracterizar la América hispana, sino indicar lo que posiblemente habría de suceder. En consecuencia, debo reiterar que no me circunscribo a un uso normativo de un concepto, más bien me oriento a una aproximación hacia algunas configuraciones culturales estructuradas, conjuntamente con la explicitación republicana en la historia latinoamericana. Es decir, intento resituar configuraciones tramadas en un momento de la historia porque ayudan a ejemplificar cómo un yo colectivo y su búsqueda se hermanó, al punto que se pudiera alegar que la finalidad de la idea de identidad, actualmente, se encamina por la exploración de un origen con el cual justificar lo que se propone como meta alcanzar.

No creo errar al asegurar que uno de los presupuestos teóricos occidentales (por ende, eurocéntricos) de mayor raigambre en el pensamiento social, continúa siendo el perenne empeño por construir totalidades, asimiladas en cuanto síntesis homogéneas. Con toda razón quienes abrazaron la efímera corriente posmoderna del pensamiento enfilaron sus baterías contra estas disposiciones, con el firme propósito de reconocer tesis no generalizantes y centradas en univocidades. Las intenciones totalizadoras emplazadas para establecer caracterizaciones, jerarquizaciones, cualidades, particularidades, continúan formando parte de la incesante búsqueda de un sí mismo colectivo. En esencia, es válido hablar de una preponderante inclinación en el seno del pensamiento acerca de lo nacional en el mundo de las mentalidades y de la representación.

Por medio de la síntesis y la totalidad, metodológicamente hablando, el espinoso asunto de la heterogeneidad se ha intentado resolver con las nociones de humanidad, civilización, sociedad, universalidad, modernidad, globalización. Toca igual alma nacional, carácter nacional, nacionalidad, identidad. A partir de esta moldura se puede asegurar que las reflexiones que se fueron extendiendo con la Independencia se configuraron a partir de una negación. Negación que implicó al legado español, junto con el requerimiento de constituir un desenvolvimiento cultural y político distinto al experimentado durante trescientos años, los cuales transcurrieron entre los Habsburgos y los Borbones. Fue durante el reinado de

estos últimos, en el tránsito del siglo XVIII, cuando la palabra cultura esgrimiría lo culto, las letras y las bellas artes. Su utilización se acotó a estos aspectos de la vida social, así como que marcaba fronteras de diferenciación normativas dentro y fuera de espacios territoriales distintos. En conjunto, términos como los de espíritu nacional, carácter nacional, conllevaban lo experimentado junto con expectativas en lo atinente al siglo XIX y los comienzos republicanos.⁸

Es verosímil considerar que durante el transcurso de 1800 lo relacionado con el yo colectivo y su constitución se basaron, fundamentalmente, bajo parámetros de negación. No solo habría de reconocerse esta tesitura en Bello, quizás más sinuosa que en el caso de Rafael María Baralt, aunque sus últimos días los experimentara en la sociedad progenitora, España. Baralt escribió un libro por encargo, publicado en 1841, en España, donde esbozó la historia de Venezuela al resaltar la hazaña heroica de la Independencia. También a lo interno de *Resumen de la historia de Venezuela*, destacó uno de los elementos fundamentales que, para aquel tiempo, el canon requería como expresión de un carácter nacional. Quien se dé a la tarea de leer lo delineado por uno de nuestros primeros historiadores, no solo se ha de encontrar con lineamientos metodológicos del canon (fuentes, citas, autores, referencias ambientales), también encontrará sendos capítulos dedicados, uno, a la población, otro, al carácter nacional. Mejor ejemplo de imbricación de lo cultural, de acuerdo con el uso del momento, y lo político, en aras de reconocerse al interior del mundo cultural y político, no puede ser más emblemático. Reconocimiento estimulado por la necesidad de extenderse soberanamente, esto es, un Estado que estuviese en capacidad de edificarse y desplegar civilidad. Lo tratado en el acápite “carácter nacional”, transitaba por la experiencia de trescientos años de sometimiento colonial, así como por las intenciones de una construcción distinta, cuyos referentes derivaban del alejamiento español.

La negación enarbolada por Baralt, entre otras consideraciones, fue estructurada de acuerdo con los siguientes argumentos. Venezuela:

⁸ En lo que se conoce como Discurso de Angostura (1819), Bolívar presentó un balance y las perspectivas constitucionales de la América hispana del momento. Entre variadas consideraciones salta a la vista la referencia que hizo de la idea de *espíritu nacional*. “Para formar un Gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional, que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública (...) El amor a la Patria, el amor a las Leyes (...) Para sacar de este caos nuestra naciente República, todas nuestras facultades morales no serán bastantes, *si no fundimos la masa del Pueblo en un todo...*” (Bolívar, 1982, p. 137; cursivas mías: J.B.).

... por no haber tenido un vecino poderoso y sabio que le sirviese de maestro, ni existencia política, ni parte alguna en las agitaciones del mundo, vino a componerse Venezuela de criollos indolentes, de indios embrutecidos y de otras clases, cuyos únicos acuerdos se ligaban con una cadena de sufrimientos a la servidumbre (Baralt, 1985, p. 193).

A partir de esta consideración es que me permito razonar en torno a una identidad negativa o, en todo caso, reflexionar alrededor de una exigencia enmarcada en el canon y, es posible, exigencia del momento por las circunstancias políticas presentes. Bajo este marco y según percepciones reduplicadas del mundo occidental, posiblemente se pudiese hablar de anhelos universales, modernizadores, a partir de los cuales se fueron configurando otras imágenes acerca de territorialidades específicas, cuyas denominaciones se orientaron en repúblicas, Estados, naciones, patrias. Sin duda, estructuraciones modernas dentro de las cuales se ha mimetizado lo que Occidente ha mostrado históricamente.

A la luz de estas consideraciones, resulta indubitable volver la mirada a lo que realzaron las generaciones sucesoras de las independencias, en torno a la idea de mestizaje, noción de gran preponderancia e inherente a las reflexiones tramadas por letrados, muchos de ellos figuras políticas del ínterin. Ha sido una noción preñada de síntesis homogeneizadora, al igual que las propias de alma nacional, espíritu nacional, carácter nacional e identidad nacional. Síntesis o epítome derivada del liberalismo, cuyo estandarte de mayor envergadura se encontró en la constitución de pueblos integrados por ciudadanos bajo la moldura de un tipo de armonía, simetría y homogeneidad—léase espíritu nacional. Tendencia que continúa provocando perplejidad en virtud de la orientación transitada al amparo liberal, porque toda tentativa distinta a lo que se creía natural—como sustancia o esencia— se catalogaba como desviación de potencialidades, al desconocer formas distintas a las asociadas con las provenientes de la razón.⁹

Es preciso congeniar que el liberalismo, muchas veces asociado con la idea de modernidad, tuvo una fuerte penetración en las distintas estructuras de las

⁹ Entre quienes defienden el liberalismo, o alguno de ellos, han llegado a reconocer la inclinación hacia un tipo de homogeneidad al interior de las comunidades nacionales. “Si el liberalismo tiene un futuro, éste reside en el abandono de la búsqueda de un consenso racional sobre el mayor modo de vida posible... El ideal liberal de la tolerancia que aspira a un consenso racional sobre el mejor modo de vida posible nació en sociedades divididas por sus reivindicaciones sobre un único modo de vida. No puede enseñarnos cómo vivir juntos en sociedades que albergan muchos modos de vida” (Gray, 2001, p. 11).

comunidades nacionales del sistema-mundo moderno. Tanto así que al interior de la periferia de este sistema, quienes se adhirieron a las doctrinas socialistas, en América Latina reduplicaron propuestas de la corriente liberal, al mimetizar la idea de nación configurada en algunas porciones territoriales europeas.¹⁰ Sin embargo, lejos de extenderme en este orden, considero necesario culminar con algunos aspectos relacionados con la construcción de un yo colectivo o, en todo caso, la búsqueda de un sí mismo como parte de configuraciones requeridas por necesidad de clasificar y jerarquizar un *otro*. Por más que se insista en el alejamiento del colonialismo y el eurocentrismo, las figuraciones en torno a los asuntos que vengo tratando se matizan, teóricamente, en un sentido simétrico, la síntesis homogénea, propias del legado occidental. Históricamente es viable rastrear requerimientos bajo estos parámetros. Al menos desde el siglo XVIII hispanoamericano resulta hacedero el encuentro o búsqueda de un alma nacional o atributos de este espacio geográfico-cultural. El padre José Gumilla (1689-1750), en la obra titulada *El Orinoco ilustrado y defendido*, propuso una clasificación alrededor de un *tipo humano* diferente al europeo aunque proveniente de él, ordenamiento al interior del cual se aprecia, de manera ostensible, una síntesis en que la figura del hombre blanco es la base a partir de la cual se configuró otro tipo humano que logró sostener su esencia, si bien la mixtura se hallaba presente.

La denominación *puchuela* le sirvió de cartabón para ejemplificar el nuevo tipo aludido. Así, al estudiar las combinaciones del hombre blanco con indígena o africana llegó a la conclusión de que, luego de cuatro generaciones, estas coyundas se orientaban hacia el tipo dominante: el hombre blanco. Quizá esta clasificación también tuvo que ver con la necesidad de demostrar que los habitantes de la América hispana eran tan *blancos* como los peninsulares, al lado del propósito por clasificar, dentro de un gran conglomerado humano, a quienes se precisaba como integrantes de un reino, el español, y con lo que reconocerles derechos consagrados en las leyes del mismo. Al argumentar, al amparo de estas ideas, Gumilla señaló:

... a la verdad es notable la brevedad con que se blanquea el color de los indios; tanto que la india que se casó con un europeo, con tal que la hija, nieta, bisnieta

¹⁰ Si se estudia con detenimiento la idea de nación entre pensadores latinoamericanos, comenzando por el mexicano Manuel Gamio, pasando por el peruano José Carlos Mariátegui, y alcanzar a lo esbozado por el argentino Jorge Abelardo Ramos, se podrá constatar las coincidencias a las que hago referencia, en especial, la vinculada con su no existencia en América Latina. Algo de ello lo he trabajado en: *Lo que de la nación nos queda...*

y la chosna se casen con europeos, la cuarta nieta ya sale puramente blanca... En caso que sean dichos casamientos con europeos, las dichas cuatro generaciones son así:

- I. De europeo e india sale mestiza (*dos cuartos de cada parte*).
- II. De europeo y mestiza sale cuarterona (*cuarta parte de india*).
- III. De europeo y cuarterona sale ochavona (*octava parte de india*).
- IV. De europeo y ochavona sale puchuela (*enteramente blanca*). (Gumilla, 1993, pp. 84-85).¹¹

La palabra mestizo, en tiempos iniciales de la colonización española, tenía como referencia esta combinación. A lo largo del tiempo se fueron agregando otras connotaciones, aunque la figura del hombre blanco apareciese de manera prominente. Ya en la actualidad su reduplicación o mimesis remite a mixtura, combinación, mezcla. Durante el siglo XIX, quienes se cobijaron en las propuestas modernizadoras y civilizatorias, amparadas en las doctrinas del organicismo spenceriano, el evolucionismo darwiniano y el racialismo de Gumpowicz, entre otras vertientes del pensamiento social-cultural y retomadas de Occidente, promovieron otra visión del mestizaje. Esta mirada se posicionó por medio de relatos en que el mestizaje giró alrededor de una combinación contraria al orden, progreso y civilización anhelada. La representación del mestizaje que se propaló, entre letrados del momento, se combinó con una percepción de inconformidad, incompletud y desasosiego. El eje sobre el cual giró esta perspectiva surgió por la imposibilidad del alcance de una civilización según lo que el Occidente modelado ofrecía.

Como respuesta o adición a la percepción negativa alrededor de una configuración que con el tiempo se fue desarrollando, tanto revolucionarios liberales, nacionalistas o socialistas, la reprodujeron aunque cuya causalidad fue distinta al momento de hacer referencia a la constitución de una nacionalidad. Lo que he venido denominando yo colectivo o búsqueda de un sí mismo colectivo connotan, especialmente, nación. Parece necesario asociar la conformación de esta con las ideas de totalidad y síntesis apuntadas, en el sentido dominante con las cuales las reconocemos, una homogeneidad. Esta ha dejado una impronta en nuestro mapa mental, al momento de hacer referencia a un pueblo, una patria, una

¹¹ En lo que se refiere a la combinación de blanco con negra, agregó lo siguiente: "... por los mismos grados por donde blanquea la mestiza, blanquea también la mulata a la cuarta generación, en la forma siguiente de casamientos: I. De europeo y negra sale *mulata*... II. De europeo y mulata sale *cuarterona*... III. De europeo y cuarterona sale *ochavona*... IV. De europeo y ochavona sale *puchuela*... (Gumilla, 1993, p. 86; cursivas en el original).

nacionalidad, una identidad y una cultura nacional. Luce como un imperativo reconocer que lo que hoy se denomina identidad no es ajena a posturas políticas, así como teóricas. Teóricamente, el manejo gnoseológico de cultura e identidad como sinónimos responde a una percepción, al interior de la cual el origen, búsqueda y construcción de un yo colectivo responden a la necesidad de totalidad, la que se suele leer como homogeneidad. Su uso político responde al modo como se asume esta dimensión al interior de las comunidades nacionales, el suma cero, el todo o nada, una hegemonía sin fisuras, el sometimiento o exclusión de otro, al que se suele representar a partir de una pureza moral y cultural. Disposición cada día más fundada en una herencia amparada en la esfera de la cultura.

Creo posible asegurar que a finales del siglo XIX se presentaron acontecimientos en el seno del sistema-mundo, con los cuales se propició otras versiones del *ser* hispanoamericano. Ellas se nutrieron de elementos políticos sustentados en la esfera cultural, o elementos culturales que se vigorizaron con acontecimientos políticos del momento. La historiografía marca un período denominado modernización latinoamericana (1870-1910), caracterizado por la emergencia no solo de circunstancias económicas, sino por otras representaciones, moldeadas bajo el influjo de homogeneidad, y marcada por lo sucedido alrededor de 1898. Ello como corolario de la guerra hispano-estadounidense, acaecida en este año, al menos en Latinoamérica, cuando Cuba y Puerto Rico se zafaron del yugo colonial español. Bajo este contexto, la herencia hispana se justificó por medio de la idea de latinidad. La América Latina se redefinió como herencia occidental en la que España resultaría ser el gozne entre el mundo grecorromano y sus realizaciones coloniales.

En consecuencia, lo que a España se le reclamó en gran parte del transcurso del siglo XIX, pareció revertirse con la mirada ambivalente hacia lo que EE.UU. venía ejecutando. El país del Norte había logrado alcanzar estabilidad política, intercambio comercial e igualdad ante la ley. América, aun sumida en conflictos alrededor del Estado y sus redes clientelares, rememora algunas consideraciones tramadas durante gran parte del siglo XIX e inicios del XX. En mi argumentación he intentado ofrecer ejemplos de cómo lo que se denomina identidad presenta una situación problemática. Ella resulta de las utilidades empleadas por parte de actores políticos que lidian por cambios, según intereses particulares. Ideas como las de latinidad, mestizaje, transculturación, no solo reflejan la necesidad narrativa de síntesis, sino de grupos sociales en pugna alrededor del poder y que recurren a sus contenidos para justificar proyectos políticos. En Venezuela, a partir de 1998 se viene desarrollando un proyecto político caracterizado por la recreación de la

identidad nacional, así como el intento de arraigar valores, creencias, símbolos, culturales trazados en adscripciones religiosas, políticas, sociales, reduplicadas del Norte anglosajón. Es el caso de la imposición de una identidad cultural marcada con la afrodescendencia. Muy similar a lo ocurrido entre las décadas de los veinte y treinta del siglo pasado, cuando a una textura similar se enaltecó la idea del mestizaje. En fin, se trata de elaboraciones conceptuales que van a la par con sectores sociales que se asumen unidos por la historia, y a partir de las cuales resulta posible estudiar la identidad en tanto categoría, concepto o noción histórica. De igual modo, resulta imposible analizarla en deslinde con lo que Roger Chartier (1999) denominó occidentalización masiva, porque la base de las elaboraciones epistemológicas, políticas, culturales, se han trazado a partir del Occidente modelado y en conjunto con un sistema-mundo fundado en el siglo XVI.

En términos generales, lo esbozado en las líneas precedentes induce a pensar y observar la historia experimentada más allá de convencimientos doctrinarios, cimentados en la comodidad producida por nuestros propios convencimientos. El desconocimiento de situaciones, procesos, teorías, no surge de manera inevitable por la ignorancia. El reconocimiento cabalga en la seguridad que suele producir lo conocido, así como lo que nos es afín a nuestro mapa mental. Resulta cuesta arriba, por no decir imposible, analizar la cultura latinoamericana y, por supuesto, la venezolana, con las balizas impuestas con la idea de identidad experimentada. Sencillamente, porque esta ha respondido y responde a intereses diversos. Los vínculos que con ella se establecen en las comunidades nacionales resultan de grupos sociales que se enfrentan por hacerse hegemónicos. Hegemonía que se extiende conjuntamente con proyectos políticos y sus respectivas alineaciones culturales. Tal cual la historia nos muestra de manera clamorosa.

REFERENCIAS

ARGUEDAS, J.M. (1973). *Formación de una cultura nacional indoamericana*. México: Siglo XXI editores.

BARALT, R.M. (1985). “Resumen de historia de Venezuela en Carrera Damas, G. (Compilador). *Historia de la historiografía venezolana (textos para su estudio)*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca-UCV, pp. 193-200.

BOLÍVAR, S. (1982). *Escritos fundamentales*. Caracas: Monte Ávila Editores.

BRACHO, J. (2008). *Globalización, regionalismo, integración*. Caracas: Vicerrectorado de Investigación y Postgrado UPEL-IPC.

BRACHO, J. (2014). *Lo que de la nación nos queda. Configuraciones y argumentaciones de una definición moderna*. Caracas: UPEL-Vicerrectorado de Extensión.

CHARTIER, R. (1999). *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas (Conversaciones de Roger Chartier con Carlos Aguirre Anaya, Jesús Anaya Rosique, Daniel Goldin y Antonio Saborit)*. México: Fondo de Cultura Económica.

DEVÉS VALDÉS, E. (2000). *Del Ariel de Rodó a la Cepal (1900-1950)*. Buenos Aires: Editorial Biblos-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

GALLEGOS, R. (1954). *Doña Bárbara*. México: Fondo de Cultura Económica.

GAMIO, M. (1916). *Forjando patria (Pro-nacionalismo)*. México: Porrúa Hermanos.

GRAY, J. (2001). *Las dos caras del liberalismo. Una nueva interpretación de la tolerancia liberal*. Barcelona, España: Paidós.

GRIMSON, A. (2011). *Los límites de la cultura. Críticas de las teorías de la identidad*. Argentina: Siglo XXI Editores.

GUMILLA, J. (1993). *El Orinoco ilustrado y defendido*. 2ª edición. Caracas: Academia Nacional de la Historia (publicada por vez primera en 1741).

HENRÍQUEZ UREÑA, P. (1994). *Las corrientes literarias en la América hispánica*. Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica (Edición primera: 1945).

HERDER, J.G. (2000) “Genio nacional y medio ambiente”. En: Fernández B., Á. (Comp.). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, pp. 27-52. Buenos Aires: Manantial.

LÉVI-STRAUSS, C. (2000). *Raza e historia*. Madrid: Cátedra.

MARIÁTEGUI, J. C. (2000). “El florecimiento de las literaturas nacionales”. En: Fernández B., Á. (Comp.). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, pp. 67-73. Buenos Aires: Manantial.

MARINONE, M. (2006). *Rómulo Gallegos. Imaginario de nación*. Mérida, Venezuela: El otro @ el mismo.

MONTERO, M. (1997). *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psicosocial al ser venezolano*. Caracas: UCV.

MOSONYI, E.E. (1982). *Identidad nacional y culturas populares*. Caracas: Editorial La Enseñanza Viva.

NÚÑEZ, E.B. (1963). *Bajo el samán*. Caracas: Tipografía Vargas.

NÚÑEZ, E.B. (1986). *Novelas y ensayos*. Caracas. Biblioteca Ayacucho N° 124.

ORTIZ, F. (1987). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas: Biblioteca Ayacucho N° 42.

PICÓN SALAS, M. (1994). *De la Conquista a la Independencia*. México: Fondo de Cultura Económica (Primera edición: 1954).

RAMOS, J.A. (1973a). *Historia de la nación latinoamericana*. 2ª edición. Buenos Aires: Peña Lillo editor.

RAMOS, J.A. (1973b). *El marxismo de Indias*. Barcelona, España: Biblioteca Universal Planeta.

RICOEUR, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

RICOEUR, P. (2006). *Caminos de reconocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.

ROBIN, C. (2009). *El miedo. Historia de una idea política*. México: Fondo de Cultura Económica.

RODÓ, J.E. (1967). *Obras completas*. 2º edición. Madrid: Aguilar.

ROJAS, R. (1924). *Eurindia (Ensayo de estética fundado en la experiencia histórica de las culturas americanas)*. Buenos Aires: Librería "La Facultad".

SANZ, M.J. (1959). “Política”, 23 de diciembre de 1810. *Semanario de Caracas*, Caracas: Academia Nacional de la Historia. (Facsimil.)

SARMIENTO, D.F. (1985). *Facundo o civilización y barbarie*. 2ª edición. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

TAMAYO, F. (1979). *Obra escogida*. Caracas: Biblioteca Ayacucho N° 62.

TAYLOR, Ch. (1996). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona, España: Paidós.

TODOROV, T. (2013). *Los abusos de la memoria*. Barcelona, España: Paidós.

USLAR PIETRI, A. (1986). *Godos, insurgentes y visionarios*. 3ª edición. Caracas: Seix Barral.

VARGAS A., I. y SANOJA, M. (1993). *Historia, identidad y poder*. Caracas: Fondo Editorial Trópykos.

VASCONCELOS, J. (2007). *La raza cósmica*. 4ª edición. México: Editorial Porrúa.